

ANA ÁLVAREZ

El violinista en el balcón

HOY ES MI
CUMPLEAÑOS

Selecta

El violinista en el balcón

Ana Álvarez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Este relato está dedicado a todos los que están luchando con determinación contra ese enemigo común, que es el virus. Es mi aplauso particular para los sanitarios, los policías y todos los sectores que no pueden quedarse en sus hogares y salen a jugarse la vida para que los demás podamos mantener un mínimo de normalidad. También para los que nos quedamos en casa luchando, en la medida que nos corresponde, cuando lo que deseamos es salir y, sin embargo, permanecemos lejos de los nuestros, aislados y frustrados. Para todos vosotros va esta dedicatoria, y con ella, mi agradecimiento.

Capítulo 1

Pilar se levantó con el ánimo muy deprimido. Era su cumpleaños, su treinta cumpleaños, una fecha importante en la vida de cualquier mujer. Sin embargo, la fiesta que había preparado para celebrar el cambio de década no se celebraría. Se encontraba, como la inmensa mayoría de los españoles, confinada en su domicilio a causa del coronavirus. Un aislamiento que, durara lo que durase, se le iba a hacer eterno, acostumbrada como estaba a trabajar con horarios caóticos en la recepción de un hotel. Porque, para colmo, su conexión a Internet no era muy buena, más bien justita, puesto que pasaba muy poco tiempo en su domicilio y no consideraba necesario invertir mucho dinero en ella. Era una mujer de salir mucho, de disfrutar la vida y el ocio. También usaba el gimnasio del hotel para hacer ejercicio y, entre unas cosas y otras, apenas paraba en su casa más que el tiempo de dormir.

Después de casi una semana de encierro se le caía la casa encima. Por mucho que llamaba a amigos y familiares, las conversaciones duraban apenas unos minutos. Las videoconferencias que iniciaba se le cortaban a cada momento debido a la saturación de la red y su escasa velocidad, y si aquello duraba mucho, acabaría en un psiquiátrico. Además, estaba el problema de su cumpleaños. Tenía que celebrarlo de alguna forma, pero, desde hacía una semana, su vida social se limitaba a salir al balcón cada noche a las ocho para aplaudir a los sanitarios y demás personal que luchaba contrarreloj para combatir la pandemia. Sus palmas iban también para policías, bomberos, ejército, empleados de comercio y cualquier otra persona que no se pudiera quedar en casa y estuviera exponiendo su vida para ayudar a otros.

Desde el primer día salía al balcón y eso le había hecho conocer un poco a sus vecinos. A la pareja joven con dos niños, que ignoraba cómo hacían para tenerlos encerrados en casa; a la señora mayor que vivía sola y se asomaba con su perro, que acompañaba los aplausos con ladridos; al grupo de jóvenes, que imaginaba estudiantes, y al hombre en silla de ruedas que vivía justo enfrente y que salía acompañado del que suponía un cuidador o un familiar. Su mente inquieta les imaginaba una vida y unas circunstancias a cada uno de ellos que, con toda seguridad, serían erróneas. Cuando todo terminara y se pudiera salir a la calle, quizá deberían reunirse para tomar algo y conocerse mejor.

Eso le dio la idea que necesitaba para celebrar su cumpleaños. Lo haría con sus vecinos, que seguro estaban tan aburridos como ella.

Buscó una sábana vieja y con pintalabios escribió en letras bien grandes: «Hoy es mi cumpleaños. Os convoco a tomar algo esta noche después del aplauso. Cuando podamos salir, pago una ronda en cualquier bar». Y la colgó en los hierros del balcón, bien visible.

Pasó el resto del día tratando de conectar con alguno de sus conocidos, pero resultó casi una misión imposible, por lo que esperó el momento del aplauso con mucha impaciencia.

Aquella noche, en vez de salir al balcón con su habitual chándal se arregló con esmero. Se puso un vestido, unos zapatos y se maquilló, aunque en la distancia y con la oscuridad nadie se fuera a dar cuenta. Pero a ella le servía, porque los treinta solo se cumplían una vez en la vida y, por mucho confinamiento que tuvieran, iba a celebrarlo.

Todos acudieron puntuales a la cita, y según pudo comprobar miraban a su balcón con atención. Tras el aplauso de rigor, su vecino de enfrente, el cuidador, entró un momento y salió con un violín para empezar a tocar los acordes del cumpleaños feliz. Al instante lo corearon todos los presentes en un conjunto de voces vibrantes y poco entonadas, pero que a Pilar le hicieron saltar lágrimas de emoción. Después sacaron vasos con bebidas, botellines de cerveza y de refresco y los alzaron en un brindis conjunto.

—Cuándo salgamos os invito a todos en el bar de la esquina, lo prometo —voceó enjugándose las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Te tomamos la palabra —gritó uno de los chicos jóvenes, desde uno de los balcones más cercanos.

—¿Cuántos? —preguntó otro.

—Treinta —gritó, pero siempre había tenido un tono de voz bajo y dudaba que pudieran oírla.

—¿Cuántos? —repitió.

—Déjala, las mujeres no decimos la edad —explicó la madre de los dos críos y cuyo balcón estaba al lado del suyo.

Tras terminar cada uno su bebida, se fueron retirando a sus respectivas casas. Pilar permaneció acodada en la barandilla contemplando la noche, la calle desierta pese a que solía estar muy concurrida, llena de bares y terrazas, y el silencio.

Solo se escuchaba un silencio abrumador que le producía un agobio espeso en el pecho. Iba a retirarse cuando vio que de nuevo se abría el balcón de enfrente y el violinista, lo había bautizado así, salía de nuevo a la intemperie. Hacía una noche bonita, primaveral y no demasiado fría. El hombre debía tener más o menos su edad, pelo oscuro y una complexión delgada y fibrosa. No parecía demasiado alto, aunque a través de la calle no podía estar del todo segura. A pesar de que imaginaba que no la escucharía, le lanzó un «¡gracias!» Que le salió del alma. Jamás le habían tocado el cumpleaños feliz en directo, y menos con un violín, uno de sus instrumentos favoritos.

Él se encogió de hombros y se tocó el oído, signo inequívoco de que no la había oído.

—¡Gracias! —exclamó aún más fuerte.

Pero él negó con la cabeza. Alzó la mano, le dijo que esperase, y se perdió dentro de la vivienda.

Pilar rio para sí. En pleno siglo veintiuno y estaba hablando con un hombre por señas. Le parecía surrealista.

Él regresó con un papel grande en la mano en el que había anotado un número de nueve dígitos, y en la otra un teléfono móvil que señaló. Comprendió que deseaba que lo llamase y entró en el piso a buscar su aparato. Lo añadió a los contactos con el nombre de «el violinista» y pulsó para activar la llamada mientras salía de nuevo.

—¡Hola! —la saludó una agradable voz masculina, suave y reposada.

—Hola.

—No escuchaba lo que tratabas de decirme. Mucho mejor por aquí, ¿no?

—Sí, aunque solo quería darte las gracias.

—No se merecen. Nadie debería celebrar su cumpleaños solo, sea cual sea el número.

—No tengo problema en decirlo, cumplo treinta. Y pensaba celebrar una gran fiesta, pero aquí estoy, encerrada y muerta de asco y aburrimiento.

—¿Estás llevando el confinamiento sola?

—Sí, no vivo con nadie. ¿Tú vives con ese anciano? ¿Eres su cuidador?

—No, es mi tío y estoy con él de forma provisional por la cuarentena. Él sí vive solo, suele pasar la jornada en un centro de día, que han cerrado. Por la noche viene una señora a cuidarle, pero con todo esto he preferido encerrarme con él y hacernos compañía mutuamente. Pero, ante todo, me llamo Miguel. ¿Y tú?

—Pilar.

—Pues encantado de conocerte.

—Lo mismo digo.

—No puedo seguir charlando mucho más, debo dar la cena y acostar a mi tío, pero si no te duermes temprano y te apetece, te llamo después.

—Me encantaría.

—Hasta luego entonces, Pilar.

—Adiós, Miguel.

Capítulo 2

Pilar se preparó la cena, a la que añadió de postre una tarrina de helado con tres picos encima y, haciéndose la ilusión de que era su tarta de cumpleaños, sopló las imaginarias velas. Pidió un deseo, que desde hacía cinco o seis años siempre era el mismo: encontrar el amor. Poco a poco había visto cómo la mayoría de sus amigas se iban emparejando en relaciones serias, pero a ella aún no le había llegado su media naranja. Era muy exigente, no le bastaba con cualquiera, pero no perdía la esperanza. Ahí fuera, en algún lugar del mundo, estaba el amor de su vida, aguardando a que se descubrieran el uno al otro.

Le hizo una foto a la improvisada tarta para subirla a Instagram y después cogió la cuchara más grande que encontró y atacó el helado con gula. Era de caramelo, su favorito. Cuando anunciaron que tendrían que permanecer en casa unos días, no se preocupó de almacenar todo tipo de comida, pero sí, solo por si acaso, llenó un cajón del congelador de helado. Si era necesario sobreviviría a base de eso, aunque luego tuviera que hacer horas extras en el gimnasio para bajar los kilos de más.

Rozaban las once de la noche cuando le sonó el móvil y la pantalla se iluminó con las palabras «el violinista». Aunque ahora sabía que se llamaba Miguel, no pensaba cambiarlo, el apodo con el que lo había bautizado tenía un toque misterioso y romántico que le encantaba.

—Hola, Miguel. ¿Ya has acostado a tu tío?

—Sí, suele irse a la cama temprano. Supongo que imagina que yo necesito un poco de tiempo para mí y se va a su habitación a ver la tele. No tenemos los mismos gustos en lo que se refiere a programas.

—¿Qué te gusta a ti?

—Sobre todo películas de acción. También alguna serie de misterio, pero de las que empiezan y acaban. No soporto esas que se desarrollan a lo largo de interminables temporadas y que los guionistas ya no saben cómo resolver de lo mucho que las han enredado. Y tú, ¿qué sueles ver?

—Por desgracia, lo que emitan los canales de televisión. No tengo contratada ninguna aplicación de pago para ver contenidos extra. Paso muy poco tiempo en casa, solo vengo a dormir. Entre mi trabajo y mi vida social estoy muy ocupada.

—¿En qué trabajas?

—Soy recepcionista en un hotel. Suelo hacer turnos de diez a doce horas seguidas; después,

para desconectar y desentumecer el cuerpo, hago bicicleta en el gimnasio del hotel si no hay muchos clientes. Cuando termino salgo con mis amigos a tomar algo o a cenar.

—Lógico que no necesites televisión, acabarás agotada.

—Soy joven y quiero vivir la vida.

—Ya veo, ya. Imagino entonces que estarás desesperada con el confinamiento.

—¡No sabes cuánto! Acabaré hablando con la lavadora, seguro. ¿Tú lo llevas bien?

—Soy mucho más tranquilo que tú en mi día a día. Disfruto de estar en casa cuando puedo, y además hablo con mi tío. No necesito hacerlo con la lavadora.

—¿A qué te dedicas?

—Toco el violín en una pequeña orquesta.

—Pensaba que lo hacías por afición.

—Por supuesto, así comenzó, pero ahora me gano la vida con ello.

—¿En serio? Siempre he creído que los músicos se morían de hambre.

—Tampoco nos hacemos ricos, al menos la mayoría, pero me da lo suficiente para vivir con comodidad. Eso sí, a menudo tengo que desplazarme haciendo giras de una ciudad a otra. No me importa, porque me gusta viajar.

—A mí me encanta el violín, es mi instrumento favorito. Suena tan romántico, tan desgarrado... Me transmite muchas emociones.

—Pues mañana, si te apetece, puedo salir y tocar un rato para ti.

—¿En serio? ¿Lo harías?

—Claro.

—¡Qué ilusión, una serenata para mí sola!

—Estaré encantado, Pilar. Suelo ensayar un rato cada día, me da lo mismo hacerlo en el balcón.

—¿No te importa que te vea la gente?

—¿Qué gente? No hay un alma por la calle. Además, actúo para el público de forma habitual.

—Eso es cierto.

—Entonces, ¿tenemos una cita mañana para un concierto? —propuso Miguel.

—La tenemos.

—¿A las siete, antes del aplauso?

—Perfecto.

—Hasta mañana pues. Voy a ver una película antes de dormir.

—Yo también buscaré algo para entretenerme.

Cortaron la conversación y Pilar soltó el aparato con una sensación de euforia en el cuerpo. De alguna manera había logrado salvar su treinta cumpleaños.

A las siete menos cinco, y arreglada como si fuera a tener una cita real y su pareja pudiera verla

bien y no a bastantes metros de distancia, Pilar salió al balcón. Se acodó en la barandilla y aguardó a que Miguel apareciera para ofrecerle un concierto tocado solo para ella. Cuando se lo contase a sus amigos iban a flipar.

Él fue puntual. La saludó con la mano, gesto que ella devolvió, se acomodó el violín al hombro y comenzó a tocar. Las primeras notas de una canción de moda sonaron vibrantes en la desierta calle. Solo ellos dos en un mundo de silencio, como si fueran los únicos habitantes del planeta.

Los gestos de él eran fluidos y elegantes mientras deslizaba el arco sobre las cuerdas, como si se hubiera fusionado con el instrumento. Pilar comprendió que la música no le salía solo de las manos, sino de dentro; que no solo la interpretaba, sino que la sentía; que las notas brotaban de su interior entregando una parte de sí mismo.

Y se emocionó al pensar que eran para ella. Un cosquilleo intenso la invadió, mientras observaba a aquel hombre que le dedicaba una canción tras otra desde el balcón de enfrente, con los ojos fijos en el suyo, de la misma forma que ella no podía dejar de mirarlo mientras la música creaba un lazo invisible entre ambos.

No estuvieron solos mucho tiempo; poco a poco otros balcones se fueron abriendo y otros oyentes se unieron al improvisado concierto, pero eso no rompió la magia ni la conexión que se había establecido entre ambos. Miguel tocaba para ella, y lo sentía así en el fondo de su alma.

La hora que transcurrió hasta el momento de los aplausos se le hizo muy corta aquella tarde y, cuando al final todos batieron las palmas con energía, un poco de las de ella iban para aquel vecino del que sabía apenas algo más que el nombre y que le había hecho más llevadera aquella tarde de encierro.

Capítulo 3

Miguel se levantó un día más sumido en la rutina del confinamiento. Ya llevaban doce días, aunque ignoraba cuántos les quedaban aún. Era tedioso, pero desde que empezara a tener contacto con Pilar, su vecina de enfrente, el encierro se le hacía más llevadero.

Cuando la chica le dijo que estaba pasando sola por la cuarentena se imaginó lo terrible que debía ser vivir un día tras otro sin más contacto humano que unas frías redes sociales. Él la pasaba junto a su tío Paco, con el que siempre había tenido mucha afinidad, y las largas charlas entre ambos hacían más llevadero el encierro forzoso.

La primera llamada a su vecina la hizo porque le dio lástima; era su cumpleaños y estaba tan sola que había sentido la necesidad de escribir un cartel para compartirlo con la gente que la rodeaba. Sin embargo, a medida que iban pasando los días se daba cuenta de que también él la necesitaba. Ese rato cada tarde en que salía al balcón para dedicarle unas canciones con su violín se le estaba haciendo imprescindible. En esos momentos se establecía una conexión especial entre ambos, podía percibirlo. Era como si el mundo se parase alrededor y solo existieran ellos, unidos por la música, de una acera a otra de la amplia calle.

Habían establecido una rutina diaria casi sin darse cuenta. La primera llamada telefónica la hacían cuando su tío y él terminaban de desayunar. En ella se contaban cómo habían pasado la noche, si habían visto algo interesante en la televisión y qué planes tenían para la mañana. Siempre salían al balcón para verse mientras hablaban y tenía que reconocer que había dejado de asomarse en chándal, puesto que Pilar siempre lo hacía bastante arreglada. Su tío se burlaba al verlo cambiarse antes de salir, pero él consideraba que hacía lo correcto. El hecho de estar confinados no implicaba perder las buenas costumbres.

Aquella mañana, tras la charla se imponía una visita exprés al supermercado del barrio. Antes de salir le había preguntado a Pilar si necesitaba algo, pero ella le había respondido que no. No obstante, cuando llegó a la vitrina de los congelados se acordó de que le había dicho que le encantaban los helados y no pudo evitar coger una tarrina del único sabor que encontró y la echó a la cesta.

Después se acercó al portal de la chica y la llamó por teléfono.

—Hola, Pilar, soy yo de nuevo.

Ella pareció sorprendida.

—¿Toca charla a esta hora?

Siempre mantenían una rutina establecida y hasta después del almuerzo no solían hablar de nuevo.

—No, pero he visto en el supermercado una cosa y me he acordado de ti. Si me abres, te lo dejo en el ascensor.

—¡Por supuesto! Gracias.

Minutos después regresaba a su piso pensando en lo mucho que le gustaría verla de cerca. Cuando terminara el confinamiento tendrían que presentarse como era debido.

No resistió la tentación de asomarse al balcón y comprobó que estaba sentada en una silla, tarrina en mano y disfrutando del regalo. Sonrió y permaneció un largo rato contemplando en la distancia a su nueva amiga, sin poder apartar los ojos de las largas piernas extendidas ante ella, del cabello castaño esparcido por la espalda e imaginando la cara de placer que pondría al saborear el helado.

Desde dentro del salón, Paco lo contemplaba con una mueca divertida en el rostro.

—Te gusta la chica, ¿eh?

—Es simpática. Y con algo hay que distraerse en estos tiempos tan difíciles.

—Por supuesto. ¿Quieres que juguemos una partida de ajedrez para distraerte?

—Luego —rio—. Ahora estoy ocupado.

Después de la cena, Pilar aguardaba impaciente la última llamada de Miguel. A esa hora solían demorarse en la conversación una vez que él estaba libre de sus obligaciones con su tío. La charla entonces se volvía más íntima, más personal. Nunca le había ocurrido estar tan pendiente del teléfono, ni desear tanto conocer a una persona, pero tampoco había estado nunca tan aburrida ni tan encerrada. Probablemente se debería a eso.

Cada noche, al terminar, se lamentaba de no haberle preguntado cosas que deseaba saber de él, y de las que solo se acordaba cuando había colgado. Pero se encontraba tan a gusto cuando hablaban, la conversación era tan fluida, que se olvidaba hasta de su nombre mientras estaba al teléfono.

Al descolgar el aparato, por cuarta vez aquel día, se propuso que no se le olvidaran de nuevo.

—Hola —saludó.

—Hola, Pilar.

—Antes de seguir quiero comentarte una cosa.

—Dime.

—Si en algún momento te cansas o te aburres de estas conversaciones nuestras me lo dices y las dejamos.

—¿Te has cansado tú, acaso?

Había inquietud en la voz masculina y se apresuró a tranquilizarlo. Quizás él esperaba las llamadas con tantas ganas como ella.

—¡No! Pero sé que puedo resultar pesada en ocasiones, y si te hartas de aguantarme solo tienes que decirlo.

—De acuerdo, si tú haces lo mismo.

—Muy bien. Ahora que hemos aclarado las cosas me gustaría hacerte una serie de preguntas sobre ti que me producen curiosidad. Pero si no quieres contestar alguna no pasa nada.

—Dispara.

—¿De qué color tienes los ojos? Sé cómo eres en líneas generales, pero no acierto a ver ese detalle desde tan lejos.

—Espera.

Lo vio rebuscar en la pantalla y poco después recibió una foto. Se quedó embobada mirándolo, desde lejos no parecía tan atractivo. Los ojos color miel le devolvían una mirada limpia profunda, y la boca mostraba una sonrisa cautivadora.

—Marrones y corrientes, ya lo ves —dijo él a través del aparato.

—¿Qué dices marrones? Son color miel.

—Bueno, soy un tío, y ya se sabe que no entendemos más que de colores básicos. Para mí siempre han sido marrones.

—Ahora te mando yo una foto mía. A ver si encuentro una en la que esté mona.

—Seguro que lo estás en todas.

—Ni hablar. Tengo varias en las que parezco la bruja del cuento, sobre todo cuando estoy recién levantada.

Buscó entre la galería de imágenes, y le costó encontrar alguna en la que se viera lo bastante favorecida para enviársela. Al fin se decidió por una del verano anterior y la mandó.

—Muy guapa, pero ya lo sabía.

—¿Ah, sí? ¿Tienes vista de águila? Porque yo desde aquí no distingo tus facciones.

—Yo tampoco, pero me hacía una idea y no me he equivocado.

—¿Qué edad tienes?

—Hum, soy más viejo que tú.

—¿Cuánto más?

—Cuatro años.

—La edad perfecta.

—¿Perfecta para qué?

—Para todo.

Se hizo una breve pausa en la conversación, titubeaba sin atreverse a preguntar lo que más deseaba. Miguel pareció adivinarlo.

—¿Qué más quieres saber?

—¿Estás soltero? —Se lanzó al fin.

—Sí. Por mi profesión viajo mucho y las mujeres con las que he salido en el pasado piensan que la vida de un músico está llena de otras féminas que se ofrecen en bandeja después de las actuaciones y que, mientras estamos de gira, saltamos de cama en cama, incapaces de permanecer fieles.

—¿Y es así?

—Por supuesto que no. Para empezar eso puede que suceda con cantantes de pop o de rock, no con los miembros de una orquesta pequeña. No tenemos una cola de mujeres esperando después de cada actuación. Tampoco te negaré que alguna se me ha insinuado, aunque no tan a menudo como se pueda pensar, pero yo soy un hombre fiel. Creo en el amor y en la pareja, y no pondría en peligro una relación por un polvo pasajero.

—Hay pocos hombres como tú.

—No lo creo, los hombres fieles no somos una especie en peligro de extinción. ¿Y tú? ¿Tienes un hombre en tu vida?

—No he tenido tiempo de encontrarlo, vivo demasiado deprisa. Quiero disfrutar de la juventud, de la libertad, de la vida.

—¿Y no crees que puedes disfrutar de eso teniendo una pareja? ¿No piensas que puedes estar perdiéndote lo mejor de todo?

—Podría ser.

A su mente acudió la foto que él acababa de mandarle, los preciosos ojos color miel, el mentón cuadrado y la boca de labios finos. Se preguntó a qué sabrían al besarlos.

—¿Pilar? —preguntó él.

Se dio cuenta de que se había perdido en ensoñaciones y se había quedado callada.

—Estoy aquí —respondió con un suspiro ahogado. La enormidad de lo que acababa de pensar la había dejado muda por un momento.

—Si estás cansada lo dejamos y hablamos mañana.

—Sí, creo que será lo mejor.

Necesitaba pensar sobre lo que le estaba sucediendo. Sobre ese pensamiento que acababa de tener.

—Antes de que cortemos hay una cosa que quería decirte.

El corazón se le aceleró con fuerza. ¿Habría adivinado sus pensamientos?

—Dime.

—Me gustaría verte.

—Ya nos vemos varias veces al día.

—Quiero decir de cerca.

Lo latidos aumentaron una vez más y una sensación de júbilo se le instaló en el pecho.

—No podemos, estamos en cuarentena. Cuando esta pesadilla acabe, quedamos y nos tomamos algo juntos.

—Aún faltan, como poco, varias semanas para eso. No quiero esperar tanto. ¿Acaso tú no

quieres verme de cerca?

—Claro que sí. Pero ya sabes las órdenes del Gobierno, nos jugamos una multa sustanciosa.

—Hay una forma de hacerlo, si estás dispuesta.

Claro que lo estaba. El corazón le brincaba con fuerza ante la idea de verlo.

—Por supuesto que lo estoy. Dime.

—Suelo bajar la basura sobre las ocho de la mañana. Tú puedes hacer lo mismo y coincidir conmigo, aunque si prefieres otra hora, me adapto. Con guantes, mascarillas y no nos acercaremos más de un par de metros.

—Me parece perfecto —rio—. Es la cita más romántica que he tenido en mi vida. Para tirar la basura y a dos metros de distancia.

Las fuertes carcajadas de Miguel al otro lado del teléfono le hicieron pensar que también le gustaba su risa. Cada vez le atraían más cosas de aquel hombre.

—De acuerdo entonces. Nos vemos mañana a las ocho.

—Hasta mañana, Pilar. Que tengas dulces sueños.

Mientras cortaba la llamada pensó: «Lo serán si tú apareces en ellos».

Capítulo 4

Eran las ocho menos cinco cuando Pilar comenzó a bajar la escalera de su casa. Se había mirado en el espejo y nunca se había encontrado más fea. Siguiendo las recomendaciones, las confirmadas y las que no, se había recogido el pelo y se había puesto una mascarilla y guantes y ni siquiera ella misma se reconocía. Solo se le veían los ojos, que había maquillado con destreza para hacerlos resaltar. Pero por ver los de Miguel a poca distancia merecía la pena salir a la calle de aquella guisa.

Aguardó con mariposas en el estómago a que se abriera la puerta de enfrente y, cuando esto sucedió y él salió, avanzaron despacio ambos hasta el centro de la calle. Se detuvieron a un par de metros y se observaron con detenimiento.

—Hola —susurró detrás de la mascarilla. La voz le sonó extraña y no pudo evitar reírse.

—Hola.

—A ti también se te escucha raro.

—Un poco —dijo Miguel sin apartar la vista de ella—. Tienes unos ojos preciosos.

—Tú también.

—Color miel.

—Sí.

—Lo recordaré la próxima vez que me pregunten. ¿Vamos? No se puede estar aquí parado de cháchara, si pasa la policía nos va a multar.

Echaron a andar por la calle en dirección a los contenedores, uno al lado del otro, siempre guardando la distancia de seguridad establecida. Apenas unos ochenta metros que recorrieron despacio, tratando de alargar los escasos minutos de que disponían. Deseando creer que estaban paseando.

Miguel le cedió el primer turno, aguardando un poco detrás, y cuando ella se apartó se aproximó para deshacerse de sus propios residuos. Empezaron juntos el corto camino de vuelta, con una sonrisa en los labios, se detuvieron en medio de la calle por la que no circulaba ni un solo vehículo y se dedicaron una larga mirada.

—¿Mañana a la misma hora? —preguntó deseando escuchar una respuesta afirmativa.

—Sí. Nuestra pequeña escapada diaria.

—Hasta mañana, Miguel.

—De eso nada. Nos llamamos después del desayuno.

—Claro.

Él se llevó la mano enguantada hasta la mascarilla y le lanzó un beso figurado.

—Algún día te lo daré de verdad —prometió y ella se agitó pensando en ese momento con ilusión.

Subió a su casa sintiéndose exultante. Acababa de tirar la basura con un hombre al que apenas conocía, ni siquiera se habían acercado el uno al otro y le latía el pulso como si se hubieran besado de verdad. ¿Qué sucedería cuando cumpliera su promesa? Porque no tenía dudas de que lo haría.

Mientras se quitaba toda la parafernalia necesaria para salir a la calle se preguntó qué le estaba pasando. ¿Estaba sintiendo atracción por un hombre al que no podía tener? ¿Era eso lo que le pasaba? Ella no era de enamorarse con facilidad, de hecho, no recordaba haber sentido nunca ese interés por nadie. Pero con Miguel todo era muy intenso, aunque lo más cerca que habían estado el uno del otro eran los dos metros de aquella mañana. Solo se habían tocado sus miradas, y de qué forma. Se había sentido acariciada por los ojos de él por encima de la mascarilla. Como si sus manos se hubieran deslizado por su cara, por su cuerpo.

«Para, Pilar —se dijo—. Eso que estás pensando y sintiendo es muy peligroso. Esta cuarentena se acabará y él se marchará a su casa, que ni siquiera sabes dónde está, es posible que a muchos kilómetros, y retomará su vida. De la misma forma que tú harás con la tuya. Volverás al trabajo, al gimnasio y a salir con tus amigos. Todo esto que crees sentir es debido al encierro, nunca has pasado tanto tiempo sin salir de casa y te está afectando. No puedes estar enamorándote de alguien sin roces, sin besos y sin caricias. Solo con unas cuantas canciones tocadas al violín de balcón a balcón y unas llamadas telefónicas.»

Más tranquila después de haber dejado salir a la cordura, se sirvió el desayuno y procedió a comenzar su rutina. Y lo siguiente en ella era esperar la llamada matutina de Miguel. Se dijo que quizás deberían llamarse menos, pero la sola idea de pasar el tiempo encerrada en su piso sin hablar con él se le antojó sencillamente insoportable.

Cuando el teléfono sonó se apresuró a responder, como hacía siempre.

Miguel salió al balcón antes de marcar el número y sonrió al ver que Pilar había instalado su silla para mantener la conversación lo más cómoda posible. En seguida salió para acomodarse en ella con el aparato pegado a la oreja.

—Hola de nuevo —dijo mirándola. En la retina aún tenía sus ojos oscuros observándolo con detenimiento.

—Hola.

—¿Qué te ha parecido nuestra excursión matutina?

—Extraña.

—Un poco, pero vivimos tiempos extraños.

—¡Y que lo digas! De repente el mundo se ha vuelto loco, la vida ha colapsado y todo gira del

revés. A veces pienso si volveremos a ser los mismos de antes después de esto.

—No lo creo, Pilar. Hay experiencias de la vida que te marcan quieras o no. Volveremos a tener la vida que teníamos, de eso estoy seguro, pero nosotros no seremos los mismos. Al menos yo, no. Empezaré a valorar cosas que antes tenía y a las que no le daba importancia.

—¿Cómo cuáles?

—Por ejemplo, la de sentarme en una terraza a tomar algo al aire libre, la de quedar con una chica sin tener que tirar la basura. La de besarla si lo deseo. Y si ella lo desea también, claro.

—¿Querías besarme esta mañana?

—Mucho. ¿Deseabas tú que lo hiciera?

—Sí. —Suspiró admitiendo la realidad—. ¿Volveremos a besarnos, a tocarnos alguna vez? No me refiero solo a nosotros.

—Por supuesto que sí. Con más ganas que nunca.

—Bien, espero tu beso entonces.

—Lo tendrás, te lo aseguro. Mi tío me necesita ahora, nos hablamos más tarde.

—Muy bien. Hasta luego.

Capítulo 5

Encontrarse a primera hora de la mañana, bolsas de basura en mano, se convirtió en una costumbre. Miguel lo esperaba con tanta impaciencia como el momento en el que tocaba el violín para Pilar. Esos escasos minutos en que sus ojos se encontraban y sus miradas se perdían una en la otra se volvieron preciosos. Sus manos ardían de deseos de arrancarle la mascarilla y contemplar su rostro al completo. Aunque ya sabía cómo era, porque se habían intercambiado varias fotografías más; en ellas no podía apreciar la suavidad de la piel que se adivinaba en la frente cuando se veían por las mañanas. Se moría por tocarla, por deslizar los dedos y los labios por esas mejillas ocultas, por besar esa boca que se hacía presente en sus sueños más íntimos.

Nunca le había pasado nada semejante, nunca una mujer se había adueñado de sus pensamientos de la forma en que lo había hecho Pilar en pocos días. Tenía que contenerse para no pasar de las tres llamadas que se hacían a diario, y que se iban alargando de forma paulatina. Hubiera querido mantenerla pegada al teléfono durante todo el día.

Cuando tocaba el violín para ella por las tardes le entregaba el alma en cada nota. Aunque era habitual que algunos vecinos salieran al balcón a escuchar el concierto diario, él no los veía, tocaba para Pilar y solo para ella. Con cada cuerda que el arco rozaba le enviaba un «te quiero». Con cada mirada que le dirigía le enviaba un latido de su corazón. Porque era eso lo que sentía, amor en toda la extensión de la palabra. No sabía cómo había sucedido, cómo aquella mujer cuyo rostro se desdibujaba al otro lado de la calle se le había metido en el alma y se la había robado.

Deseaba que acabase el confinamiento y a la vez lo temía, porque entonces no la tendría al otro lado de la calle ni podría verla con solo hacerle una llamada y pedirle que se asomase al balcón. En cambio, podría tocarla, rozar su cara y besarla. Nunca iba a cansarse de besarla si ella se lo permitía, si sentía lo mismo que él.

Aunque le había dicho que deseaba que lo hiciera, era todo tan extraño que no estaba seguro de nada. Se encontraban metidos en una burbuja de irrealidad y no sabía si esta se desinflaría cuando acabase la cuarentena.

Anhelaba hablarle de sus sentimientos, pero ignoraba los de ella, y no quería estropear lo que tenían en aquel momento yendo demasiado deprisa. Seguiría viéndola en la distancia, llamándola por teléfono, y callaría hasta que todo acabase, hasta que el mundo recobrase la normalidad. Luego decidiría si confesarle el amor que sentía o dejar que siguiera su vida de antes de la

pesadilla. Él no podría continuar como si nada, él saldría de aquel piso de su tío con el alma rebosante de júbilo si Pilar le correspondía, o rota si tenía que seguir sin ella. Pero su corazón ya no le pertenecía, lo había enviado a través de la calle desde la primera nota que tocó para ella el día de su cumpleaños.

Siempre había sido solo un intérprete, nunca se había adentrado en el arduo y difícil terreno de la composición; sin embargo, lo estaba haciendo, le estaba componiendo una melodía. Le había tocado a su tío en la intimidad el trozo que llevaba, necesitaba saber la opinión de alguien más, y este le dio su aprobación. No la titularía «Canción para Pilar», ya existía una con ese nombre. Dejaría que fuera ella quien la bautizara.

Una alarma en el móvil interrumpió sus pensamientos. Era la hora de prepararse para su encuentro matutino.

Como cada mañana Pilar aguardó impaciente a que se abriera el portal de enfrente. Contuvo las ganas de correr hacia él y arrojarse con ímpetu en los brazos del hombre que apareció, con una exigua bolsa de basura aquella vez. Con toda probabilidad no necesitaría bajarla aquel día, tampoco ella tenía restos suficientes, pero no se perdería esos preciosos minutos por nada de mundo.

Ocultando una amplia sonrisa bajo la mascarilla se acercó con paso firme hasta quedar a dos metros de él.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido? —le preguntó.

—Bien. ¿Y tú?

No quiso decirle que apenas había pegado ojo pensando en ellos. En qué pasaría cuando todo acabara. En que en su mente se había fijado la idea de que con cada día que pasaba quedaba uno menos para que finalizase la pesadilla del encierro, del miedo al contagio, pero también para que él saliera de su vida. No se atrevía a expresarle sus temores. Se limitó a disfrutar del momento y respondió con una mentira:

—Del tirón.

Se emparejaron como cada día en dirección al contenedor. Eran los únicos transeúntes de la calle, dos figuras solitarias en medio del silencio.

—Dicen que la epidemia está remitiendo —dijo Miguel mientras caminaba—, que es posible que en una semana podamos salir a la calle con normalidad.

—Sí, eso escuché ayer en el telediario. Espero que sea verdad, esto se está llevando demasiadas vidas.

—¿Alguien que conozcas?

—No de cerca, pero sí del círculo de mis conocidos.

—¿Les has hablado de mí a tus amigos? ¿A tu familia?

—No.

—¿Por qué? —Había un deje de decepción en su voz.

—Porque esto es solo tuyo y mío. Es demasiado bonito para compartirlo. No lo entenderían.

—¿Tú crees?

—Piénsalo con frialdad, Miguel. Puedo decíles que en la acera de enfrente hay un violinista que sale al balcón a tocar cada tarde, que nos hemos intercambiado los números de teléfono y hablamos tres veces al día y que salimos juntos a tirar la basura. Eso es lo que todos entenderían, y les resultaría divertido, una anécdota más de las muchas que habrá de esta cuarentena. Pero para mí esto es mucho más. Hay... cierta conexión entre nosotros. No quiero que nadie lo mancille con comentarios banales. ¿Tú le has hablado de mí a alguien?

—No tengo mucha gente con quien hacerlo. Mi tío Paco es mi única familia y él está al corriente de todo. Con los compañeros de la orquesta no tengo tanta confianza como para contarles nada, solo nos llamamos para saber si estamos bien.

—¿Y qué opina tu tío de lo que hacemos?

—No me ha dicho gran cosa, solo nos mira y sonrío. Le caes bien, si no fuera así me lo habría hecho saber.

Habían terminado su recorrido hasta el contenedor, que alargaban un poco más cada día. Debían tener cuidado porque coches de policía circulaban de continuo para impedir lo que ellos estaban haciendo.

Se despidieron una vez más con el anhelo en los ojos, con el pesar y la insatisfacción de no poder ir más allá.

—Hasta luego, Miguel.

—Adiós, Pilar. Y si algún día hablas de mí hay un matiz que no debes olvidar: no soy un violinista que sale a tocar al balcón, sino uno que toca para ti. No importa cuantos oídos me escuchen, toco solo para ti.

—Lo diré así. Y lo siento así.

De nuevo ese beso tirado desde lejos con la punta de los dedos, por parte de ambos. Después el lento caminar hasta el portal, arrastrando los pasos, con la retina llena de la imagen del otro.

Capítulo 6

Los días avanzaban de forma inexorable. La pandemia estaba cediendo al fin, los contagiados disminuían, los recuperados aumentaban y la impaciencia por llegar al final hacía presa en los ánimos. Los últimos días habían sido duros, el encierro pesaba en la población. Los aplausos de las ocho eran menos entusiastas y menos personas salían al balcón. Las caras de cansancio afloraban por doquier.

Pilar, sin embargo, seguía asomándose puntual a su cita con Miguel y su violín, impaciente por apurar cada segundo que les quedara de poder hacerlo. Era muy consciente de que el fin de la pandemia y del encierro podía también significar el fin para ambos. En las semanas transcurridas desde que comenzara a tocar para ella había desgranado melodías muy variadas: piezas clásicas, baladas, temas populares e incluso alguna canción infantil, una hora daba para mucho. Sin embargo, durante su llamada de después de almorzar le dijo que le dedicaría algo especial y estaba impaciente por oírlo. Tal vez en algún momento le hubiera comentado sobre su música favorita, no lo recordaba —habían hablado de muchas cosas en aquellos días—, y le pensaba dedicar alguna pieza.

Él parecía también sentirse impaciente porque salió un poco antes. Supo que le sonreía, aunque las facciones se desdibujaran, se colocó el violín sobre el hombro y le lanzó un beso. A continuación, comenzó a tocar una melodía que no pudo identificar. No era ninguna de sus favoritas, pero era preciosa. Dulce, melódica y vibrante a la vez. Cargada de sentimiento. Podía sentir que Miguel estaba poniendo el alma en la interpretación por la tensión de los hombros y la rigidez de la postura. Parecía un estudiante que estuviera superando un examen difícil o incluso un hombre declarando su amor. Sintió correr la sangre en sus venas ante ese pensamiento. ¿Era eso lo que estaba haciendo? ¿Por eso era especial? ¿O solo lo que ella deseaba?

Continuó tratando de identificar las notas, pero no le sonaban de nada a pesar de que era una entusiasta de la música. El sentimiento que transmitían los acordes inundaba la calle, y también su corazón. Miguel tenía razón, fuera lo que fuese era especial. Cuando las últimas notas vibraron en el silencio para enmudecer después no pudo evitar aplaudir con todas sus fuerzas, y en esa ocasión no fue a los sanitarios.

Al contrario de lo que hacía cada tarde, él no continuó tocando, sino que cogió el móvil y la llamó.

—¿Te ha gustado? —Había un poco de ansiedad en su voz, como quien espera un veredicto.

—Mucho —respondió—. Tenías razón, es algo especial. No la he oído nunca, ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Debes ponérselo tú.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque es tuya; la he compuesto para ti.

Se quedó sin palabras. El nudo que se le formó en la garganta le impidió pronunciarlas, en cambio las lágrimas que empezaron a correr por su cara tomaron el relevo para expresar sus sentimientos.

—¿Me has compuesto una canción?

—Más bien una melodía; no tiene letra. Soy músico, no poeta, y en realidad tampoco compositor. Este es mi primer intento y tiene muchos fallos, pero te aseguro que está hecha con el corazón.

—Gracias —susurró entre lágrimas.

—Pilar, ¿estás llorando?

—Un poco —admitió. No era una llorona, pero aquel encierro y, sobre todo aquel hombre y sus maravillosos gestos, la volvían en extremo sensible.

—No era mi intención, yo solo quería alegrarte el encierro.

—Me has emocionado, eso es todo. Nunca nadie me ha hecho algo tan bonito, Miguel.

—Considéralo un regalo de cumpleaños.

—El más especial que he tenido nunca. Creo que ya sé cómo voy a llamarla: *El violinista en el balcón*.

—Un nombre un poco extraño para una melodía.

—Es mía, ¿no? Puedo llamarla como quiera.

—Por supuesto. Cuando tenga los medios te la grabaré para que puedas escucharla siempre que quieras.

—Nunca sonará como en directo.

—En ese caso te la interpretaré en directo siempre que quieras y que sea posible.

—¿La puedes tocar de nuevo? Me gustaría escucharla ahora que sé que es para mí.

—Por supuesto.

Cortó la llamada y se colocó de nuevo el instrumento sobre el hombro. Los primeros acordes volvieron a hacer vibrar la calle, ya cerca de la hora de los aplausos diarios. Pilar no trató de contener la emoción que la embargaba, dejó fluir las lágrimas con libertad mientras sus ojos contemplaban a aquel hombre maravilloso que la vida había cruzado en su camino en un momento difícil. Se imaginó bailando con él esa melodía mágica creada solo para ella, rodeada por sus brazos. Memorizaría cada nota, la pondría como tono de llamada en el móvil y la escucharía cientos de veces, pero ninguna sería tan especial como en aquel momento en que él la interpretaba para ella.

No sabía qué papel desempeñaría Miguel en su vida futura, pero jamás lo olvidaría. Él sería

siempre su violinista en el balcón, el hombre que le había hecho vivir la historia de amor más bonita que una mujer pudiera desear. Sin pasión compartida, sin sexo, pero cargada de intensos sentimientos.

Miguel terminó de tocar y los aplausos de las pocas personas que había en los balcones aquella noche se unieron a los que se ofrecían por los sanitarios.

Después, siguió en el balcón, llorando. Por la música, por la tensión y la angustia acumuladas durante días, por ellos dos y por aquella historia entre balcones que no sabía cómo iba a terminar. Miguel también permaneció asomado cuando todos se retiraron, y volvió a llamarla.

—Si sigues llorando voy a saltarme todas las órdenes y cruzar la calle hasta tu casa, sin mirar las consecuencias.

—No puedo evitarlo. Es como si una compuerta se hubiese abierto y no pudiera cerrarla. Pero no lo hagas, aunque no negaré que me encantaría tenerte aquí, porque los policías que hay en la esquina te causarán problemas.

En efecto, desde hacía días un coche de policía se había instalado al final de la calle para evitar que nadie se saltara el confinamiento, hartos del encierro. Sus encuentros matutinos ahora eran observados y se habían vuelto más breves y menos íntimos.

—Estoy harto de ese coche de policía, estoy harto de verte de lejos y de hablarte solo por teléfono.

—No me hablas solo por teléfono, también lo haces a través de tu violín. Con él me dices más que con las palabras, ¿verdad?

—Puedes apostar a que sí.

—¿Podrías seguir tocando para mí otro poco?

—Por supuesto.

Y agarrando el instrumento de nuevo, comenzó a tocar una serie de temas emotivos y desgarradores.

Pilar supo que jamás volvería a escuchar un violín sin llorar de emoción.

Capítulo 7

Cuando Miguel entró en el piso aquella noche después del especial concierto que había interpretado, tenía los ojos enrojecidos. Su tío lo contempló sin su habitual sonrisa socarrona y no mencionó la emoción que observaba en él. Fue práctico y al grano como solía.

—¿Qué vas a hacer cuando acabe la cuarentena? Dicen que es cuestión de pocos días ya.

—Abrazarla. Cruzar la calle y enterrarla en mis brazos, aunque se hunda el mundo después. El resto, dependerá de ella.

—¿Piensas decirle lo que sientes?

—Si me da la opción, si creo que me corresponde. Si no es así, si en su abrazo solo encuentro amistad, seguiré mi camino. No estropearé esto con declaraciones que impliquen sentimientos que la puedan incomodar. Quiero que, sobre todo, recuerde estos días como algo especial y único. ¿Sabes cómo ha bautizado la melodía? *El violinista en el balcón*. Y ha llorado al escucharla de nuevo.

—También tú.

—Sí, también yo. No me avergüenzo de ello, estoy muy sensible estos días.

—Siempre has sido sensible, sobrino, ahora lo que estás es enamorado.

—Como un colegial —admitió.

—Pues no hagas tonterías y díselo, aunque creas que ella no te corresponde. No vas a estropear nada, si no siente lo mismo que tú te lo dirá y seguirás tu camino igualmente. Pero tendrás la certeza; de la otra forma nunca podrás estar seguro.

—No quisiera estropear estos días tan bonitos ni lo que hemos compartido haciéndola sentir incómoda.

—No lo harás, solo los teñirás de romanticismo. A todas las mujeres les gusta tener un enamorado, aunque no sientan lo mismo por él. Pero algo me dice que tu Pilar espera esa declaración tanto como tú deseas hacerla. Hazme caso, que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Lo haré. Ahora vamos a cenar.

—Que después te esperan de nuevo al teléfono.

—Sí.

—¡Divina juventud!

Pilar atendió la llamada de Elisa, su compañera de trabajo, una de las amigas con las que solía salir antes de que se vieran obligadas a encerrarse en casa. Apenas había hablado con nadie en las últimas semanas, pero no le apetecía demasiado. Después de su charla nocturna con Miguel, la última de un día más intenso de lo normal, solo quería pensar en él, analizar cada palabra que le había dicho, desmenuzar cada frase para tratar de descubrir si sentía lo mismo que ella. Deseaba averiguar si la melodía que le había compuesto era una declaración de amor y no un simple regalo de cumpleaños, porque no lograba estar segura.

—Hola —dijo no muy animada al responder a su amiga. Tenía en el móvil una serie de llamadas perdidas mientras hablaba con Miguel que no le había devuelto. No deseaba tener la línea ocupada por si él volvía a telefonarle. Nunca se cansaba de oírle, de escuchar su voz.

—¡Dichosos los oídos! ¿Dónde demonios te metes?

—Sabes dónde; en casa. No se puede salir.

—¿Por qué entonces no estás localizable? Hace semanas que no sé nada de ti. Te he dejado infinidad de llamadas pedidas y mensajes.

—Las he visto —admitió.

—Pero no las has devuelto. Ni siquiera has respondido con un miserable *whatsapp*.

—Es cierto. Perdona.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, muy bien.

—Creía que habías pillado el virus, que estabas enferma, y me tenías muy preocupada.

—No se me ocurrió pensar eso.

—También imaginaba que tenías una depresión de caballo por el encierro.

—No, me encuentro bien, de verdad.

—¿Seguro que no estás deprimida? Te noto rara, como apagada.

—Imaginaciones tuyas.

—En ese caso te comento los planes para cuando nos den la noticia de que se puede salir a la calle, que será en breve. Estamos organizando una barbacoa al aire libre; oyes bien: al aire libre, seguro que ya ni te acuerdas de lo que era eso, para celebrar el fin del confinamiento. Dará lo mismo si llueve, truena o ventea.

—No sé si asistiré.

Ni por asomo se reuniría con sus amigos si Miguel le proponía otra cosa. Si podía estar con él, aunque solo fuera para tomar un café en una terraza.

—¿Cómo que no? Después de tanto tiempo encerrada y sola no me puedo creer que no estés loca por que nos reunamos. Porque estás sola, ¿verdad?

—Sí, lo estoy.

—¿Pero?

—Pues que iré si no tengo otros planes mejores.

—A ver, me estoy perdiendo algo, seguro. O eso o el estar encerrada te ha afectado a las neuronas y te ha cambiado, porque no reconozco a la Pilar de siempre, la que valora más una reunión y una juerga que cualquier otra cosa. ¿Qué es? Y no me digas que nada porque no me lo creo.

—Me he enamorado. —Admitió, aunque solo fuera para escucharse decirlo en voz alta. Tampoco esperaba que Elisa lo entendiera.

—¿No jodas! ¿Del repartidor del supermercado? Porque se supone que no debes tener contacto con nadie más.

—De un hombre maravilloso que pasa la cuarentena con su tío en la acera de enfrente.

—¿No me lo puedo creer! ¿Desde la acera de enfrente? ¿Sin intercambio de fluidos? Eso no es amor, cielo, eso es desesperación por el encierro. Es algo así como el síndrome de Estocolmo. Se te pasará cuando salgas a la calle y vuelvas a tu vida de antes. Te esperamos en la barbacoa, y no admito una negativa.

—Bien —aceptó a sabiendas de que no iría si Miguel le proponía otra cosa—. Allí os veré.

—Y nos cuentas cómo es eso del amor a distancia. —La incredulidad en las palabras de su amiga la molestaron.

—Tengo otra llamada, Elisa. Ya hablamos.

Cortó la comunicación. Su compañera no lo entendía. Tampoco ella un mes atrás lo hubiera comprendido, pero era cierto que había cambiado. Lo que sentía era real, no algo producido por el confinamiento, no era un síndrome de Estocolmo adaptado a la cuarentena. Estaba enamorada de Miguel, sin fluidos, sin besos y sin siquiera haber rozado su piel, pero él sí había tocado su alma. Y, sucediera lo que sucediera después, empezaran algo juntos o separasen sus caminos, dejaría una huella imborrable en ella que permanecería para siempre, junto a la melodía que le había compuesto.

Capítulo 8

Pilar llevaba dos días pendiente de las noticias, como el resto de los españoles. La larguísima cuarentena estaba a punto de finalizar y todos esperaban el momento con impaciencia. Ella también, aunque con sentimientos encontrados. Ansiaba salir a la calle, disfrutar del aire libre, respirar sin mascarilla y sobre todo ver a Miguel cara a cara. Sentirlo cerca. Aunque la contrapartida fuese que todo pudiera acabar entre ellos.

Sentada frente al televisor, su único compañero de piso de aquellas jornadas, contempló con un toque de irrealidad el anuncio del término del encierro. Con la misma irrealidad con que había escuchado el comienzo. Permaneció unos minutos frente a la pantalla, incapaz de moverse, asimilándolo. Al fin escuchó voces alteradas en la calle, y se asomó al balcón. Los vecinos con los que compartía aplausos cada noche lanzaban gritos de júbilo desde los suyos, se felicitaban unos a otros por haber sobrevivido a la pandemia. El perro de la señora mayor ladraba uniéndose a la alegría común. Los críos palmoteaban y el coche de policía hacía sonar la sirena, sumándose a la algarabía general.

Buscó a Miguel en su balcón, pero no lo halló y se le encogió el corazón de angustia. Conectó el móvil buscando información en tiempo real que le confirmara que no había soñado la noticia, que se podía salir a la calle con libertad, sin miedo a multas ni a contagios, que la gente que había permanecido recluida en sus casas durante toda la cuarentena estaba exenta de peligro. Sintió un extraño vacío en el estómago.

«¿Dónde estás, Miguel?», se preguntó una vez más, mirando el balcón cerrado y desierto.

De repente el teléfono le vibró en la mano y vio la llamada entrante con el nombre que más deseaba leer en aquel momento.

—¿Sí? —preguntó ansiosa por escucharlo.

—¿Vienes o voy? —fue la escueta frase.

Ni el habitual saludo, ni comentario alguno sobre el fin de la cuarentena que las noticias acababan de notificar.

—Ven. Estoy tan nerviosa que no creo que pudiera ni cruzar la calle. Tercero B.

—Bien.

Se asomó al balcón para verlo salir y recorrer a grandes zancadas la ancha calle por la que comenzaba a circular gente, que se saludaba con efusividad después de muchas semanas de

silencio y quietud.

Entró y se apresuró a abrir el portal al escuchar el primer timbrazo impaciente. Abrió la puerta y aguardó con el corazón palpitante y las manos sudorosas a causa de los nervios. El ascensor tardó una eternidad, parecía que todos los vecinos habían decidido usarlo a la vez. O tal vez era su propia impaciencia la que la hacía imaginar un retraso que no existía.

Al fin lo vio salir del ascensor con la respiración agitada y acercarse hasta su puerta, donde lo esperaba sumida en un caos emocional. Se quedaron quietos, contemplándose en silencio, llenando las retinas con la imagen del otro.

Pilar deslizó la mirada por la parte de la cara de Miguel que le solía ocultar la mascarilla y que solo había visto en fotografía. Una ligera sombra de barba le oscurecía el mentón. Los labios finos se entreabrían para respirar tratando de llenar de aire los pulmones comprimidos por la apresurada caminata.

Y sin que ninguno pronunciara una sola palabra se fundieron en un apretado abrazo. La emoción la embargó mientras deslizaba las manos por la espalda de Miguel, cubierta por una simple camisa de algodón. Enterró la cara en su cuello y lloró, dejando salir los sollozos sin tratar de contenerlos. Los brazos de él la rodearon atrayéndola con suavidad, ofreciéndole el refugio que siempre había intuido que serían si un día la abrazaban.

Permanecieron así mucho rato, en el umbral, sin entrar ni salir del piso, abrazándose en silencio, sintiéndose, unidos al fin.

Escucharon el ascensor moverse y entraron en la vivienda, cerrando la puerta tras ellos. Con las manos agarradas, se miraron de nuevo. No se cansaba de contemplarlo e intuía que a él le sucedía lo mismo.

—Eres preciosa —le escuchó decir con la voz rota por la emoción y perdiéndose en la mirada, también húmeda, que la contemplaba embelesada. Pilar parpadeó, seguía incapaz de encontrar las palabras para expresar lo que sentía—. ¿No vas a decirme nada? ¿Dónde está tu locuacidad telefónica?

Negó con la cabeza.

—No puedo... no me sale. Solo... que me parece increíble que estés aquí. Que nos hayamos abrazado. Que te pueda mirar.

Sin soltarle las manos dio un paso hacia ella, inclinó un poco la cabeza y se fundió con su boca.

El roce de los labios fue suave, casi temeroso, por parte de ambos. Se saborearon despacio, poniendo en el beso los sentimientos contenidos durante días. De nuevo las manos se buscaron, los brazos se rodearon. Eran casi iguales en estatura, lo que hacía que sus cuerpos encajaran a la perfección. Un beso siguió a otro hasta que perdieron la noción del tiempo. Solo existían ellos en una burbuja diferente a la que los había protegido las semanas anteriores. Una formada por ambos, y en la que no había cabida para nadie más. Ni vecinos ni aplausos; solo ellos y sus cuerpos que se buscaban.

Pilar no se atrevía casi a respirar por no romper el momento. La boca de Miguel le estaba

diciendo todo lo que había deseado saber desde hacía días. Los sentimientos que le transmitía eran idénticos a los suyos y no menores en intensidad. Al fin, se separaron y volvieron a mirarse con intensidad.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora me gustaría salir contigo a pasear, cogidos de la mano. Que nos dé el aire en la cara. No mucho rato ni muy lejos porque no quiero dejar solo a mi tío demasiado tiempo, por si tuviera algún problema. Pero necesito verte a la luz del día, sentirte a mi lado sin que haya metro y medio de distancia entre nosotros, contemplarte sin que un trozo de tela te oculte la cara.

—¿Y después?

—El después lo decides tú. Mi vida es un poco errante, mi trabajo me obliga a viajar a menudo; pero siempre vuelvo. La cuestión es si estás dispuesta a esperarme.

—Todo lo que haga falta. Cuando regreses de tus conciertos, yo estaré aquí. En este momento no concibo mi vida sin que estés en ella.

—Yo tampoco concibo la mía sin tu presencia. Te has vuelto parte esencial de ella, Pilar.

—Me gusta cómo suena mi nombre en tu boca, sin el micrófono del teléfono. Miguel —susurró también el nombre de él, acariciándolo—. Y cómo suena el tuyo en la mía. Yo también quiero pasear contigo, como una pareja.

—Vamos entonces.

—Antes, bésame otra vez.

Se besaron de nuevo, con suavidad, con ternura, tratando de evitar que la pasión los desbordara. No era el momento de eso, ya llegaría. En ese instante lo más importante era salir al mundo y disfrutar juntos de él, del ambiente limpio de las calles sin contaminar, del sol y del aire.

Tomados de la mano emprendieron el camino de sus vidas en común.

Nota de la autora

Con este relato escrito en confinamiento no pretendo aprovechar una circunstancia. Ya sabéis, porque lo he dicho en varias ocasiones, que me inspiro en la vida real para mis novelas, por lo tanto, no podía dejar pasar algo que nos va a marcar a todos sin hacer una historia. Una historia que yo necesito para calmar mi angustia y mi desazón. Una historia optimista para que comprendamos que hasta lo peor puede tener su lado bueno, que el amor surge en cualquier parte y en cualquier momento. Esta historia, más que ninguna otra, está escrita para vosotros.

Respecto a la trama, la he terminado antes de que acabe la cuarentena y por tanto no sé cómo se gestionará, si se podrá salir al momento o habrá un tiempo de adaptación, por lo tanto la he escrito como me gustaría que fuera.

Si te ha gustado
El violinista en el balcón
te recomendamos comenzar a leer
¡Contra la pared!
de Ruth M. Lerga



Capítulo 1

Era una vista a puerta cerrada, solo la jueza, un par de abogados y el responsable de Jefatura de la operación a tratar se hallaban en la Sala del Juzgado de Instrucción de lo Penal número Dos. Tras la exposición y la presentación de las pruebas la magistrada hizo muchas preguntas, después pidió aclaraciones e inquirió documentación. Y siguieron más preguntas.

El inspector Llagaria, de la Udyco, no era tonto y sabía que se iban a cepillar su orden de registro —una cagada del nuevo se había cargado la prueba—, así que trataba de mantener el aspecto sereno, a pesar de que por dentro estuviera hirviendo de rabia, mientras anticipaba en su cabeza lo que iba a escuchar; aunque no imaginó tanta educación, le concedió el punto a la magistrada: el único punto que pensaba darle dado que iba a joderle a base de bien.

—Me temo, letrado, que voy a tener que resolver la desestimación de la solicitud de... —telita con el nombrecito, se dijo Laura, como cada vez que le caía en la mesa una de sus peticiones— del Grupo IV de Estupefacientes de la Unidad de Drogas y Crimen Organizado de la Brigada de la Policía Judicial de Valencia.

Previendo ella cuánto iba a importunar su fallo, tocó la campanilla para cerrar el juicio y comenzó a quitarse la toga a toda prisa, deseosa como nunca de largarse de la estancia. A veces, vigilar el estricto cumplimiento la ley era una mierda, y si además a quien cabreabas era a Martín Llagaria, entonces era una putada. Pensaba esconderse en el baño —sí, huiría cual rata por tirante— hasta estar segura de que se había marchado del juzgado.

Una lástima; solía buscar algún motivo de índole legal para tener una charla a solas con él en cuanto se presentaba la ocasión. Siempre se ceñían a lo profesional, aquel hombre parecía tener menos sentido del humor que Risto Mejide, pero a ella le gustaba mirarle. A ella y, al parecer, a la mitad de las mujeres de la Ciudad de la Justicia de Valencia, porque cada vez que corría el rumor de que había una causa de su unidad aparecían por el pasillo desde chicas del equipo de limpieza hasta compañeras de magistratura, haciéndose las contradizas, muy cucas ellas. Un tío bueno era un tío bueno y eso no entendía de edad, condición o estado civil, que a fin de cuentas a nadie le amarga un buen dulce.

Sobre sus tacones de aguja de diez centímetros y medio enfiló el pasillo sintiendo cómo los abogados le taladraban la nuca y salió directa a los baños de caballeros, que estaban casi al lado, metiéndose en el aseo de minusválidos. Ya dentro se sentó sobre la taza, cerrada, se quitó los *stiletto* dejándolos caer con placer y estirando los dedos de los pies para relajarlos, y sacó del bolso el Kindle. «Diez minutos de paz y salgo, lo prometo».

No contaba con que su huida solo aumentaría la mala leche del policía, que la siguió dispuesto a decirle un par de cositas sobre su sentencia. Se sorprendió al verla entrar en los lavabos equivocados. Aunque pensándolo bien, tanto mejor para él: la intrusa sería ella.

Abrió la puerta menos de medio minuto después, se aseguró mirando por debajo de las puertas de que no hubiera nadie más —reconoció sus zapatos en el último cubículo, el más grande, y no encontró más pies en los otros baños—, y colocó el cono con el aviso de «no pasar, suelo

mojado» fuera de los aseos, en el pasillo, cerrando tras él.

Laura oyó que alguien entraba pero le dio igual, estaba acostumbrada a que otros usaran el váter mientras ella estaba allí, en uno de los poquísimos lugares sin cobertura telefónica en todos los juzgados. Así que los escuchaba orinar y se entretenía contando cuántos se lavaban las manos después.

Estaba molesta con toda la situación de aquel proceso: que un error de novato la obligara a rechazar un registro de sota, caballo y rey y tener que denegárselo, para colmo, precisamente a Llagaria. De todas las veces que habían coincidido en los tribunales, aquella era la primera oportunidad que habría tenido de verlo en la calle. Se corrigió al punto: de que la mirara fuera de su trabajo. De haber aceptado, habría podido ir con su unidad hasta el domicilio del presunto delincuente y así la habría visto por primera vez sin la horripilante bata negra, bajo la que podía esconderse un cuerpo espigado como el suyo o uno enorme como el del juez Rosales, tan ancha era la maldita toga.

—¿Señoría?

¡¿Pero qué mierdas...?!, interrumpió sus pensamientos aquella voz que creyó reconocer como la del inspector. «Sííí, mis ganas», se mofó.

—Señoría —repitió la voz de nuevo, y sí, para su histeria y sus ganas sí que era él—, no se esconda, sé que está en el aseo de minusválidos, veo la suela roja de sus zapatos, ¿puede salir? O como diría usted: me temo que tengo que resolver pedirle que salga —acabó con retintín.

Vaya, al parecer podía ser gracioso cuando quería, el colega.

—Haz lo que tengas que hacer y déjame —le respondió con voz autoritaria.

Era la primera vez que la descubrían allí y se sintió algo avergonzada, pero también invadida, aquel era, después de todo, su refugio.

Martín sintió que le estaba vacilando: le tuteaba cuando él la había tratado según la formalidad establecida, le hablaba como si la enfadada fuera ella y, para colmo, le echaba del baño de hombres. Iba lista si pensaba que se marcharía.

—Lo que voy a hacer es empezar a cagarme en todo.

Laura torció el gesto, divertida por su expresión, y le respondió desde la protección que la puerta le ofrecía.

—Si lo que desea es defecar ha venido al lugar adecuado, enhorabuena. Por favor, tenga la bondad de hacer uso de mi envío cuando acabe.

Y dio una patadita al bote de ambientador que tenía escondido detrás del inodoro, que la había salvado de morir por gases tóxicos en más de una ocasión.

El frasco rodó por el suelo hasta él. No le hizo ninguna gracia la bromita.

—Lo que quiero es hablar contigo —¡a la mierda los formalismos!—, así que sal de ahí.

—Lárgate —insistió, rebelde. No tenía ganas de enfrentamientos estando enfadada.

—No me iré hasta que no salgas —le insistió, con el tono de quien habla con una cría cabezota.

Martín incluso se cruzó de brazos, como si ella pudiera verlo, y apoyó un hombro contra la

pared.

¿Hablaría en serio?, se preguntó Laura. ¿Sería capaz de esperarla? Había huido cual rata y la había atrapado en su propia ratonera. Claro, como estaba como un queso, el tío...

—Puedo denunciarte por acoso —probó de ahuyentarlo.

—Y yo hacer saber a todo el edificio que te acosaba en el váter de tíos. ¿Sales?

Una tenía que saber cuándo había perdido y aquello era una derrota en toda regla.

—Voy —le confirmó, asegurándose de que su voz se oyera de lo más digna.

Se calzó de nuevo con calma, se alisó la falda, estiró los puños de su camisa y tiró de la manija. Nada.

Repitió la maniobra un par de veces, extrañada.

Nada de nada.

Martín escuchaba desde fuera los ruidos de la cerradura bloqueada.

—Quita el pestillo —le pidió, exasperado.

—El pestillo salta solo cuando abres, listillo.

Oyeron los dos cómo le daba otra vez al manubrio, sin éxito.

—¿Es un truco para no encararme? —Porque era lo que le faltaba para acabar de calentarse del todo.

—No digas chorradas e inténtalo tú. —A pesar de no estar asustada, su voz salió algo más aguda. Aquello no le estaba haciendo ni pizca de gracia.

El policía se separó de la pared y trató de abrir la puerta, pero no pudo.

—Creo, señoría, que te has quedado encerrada.

—¡Pues haz algo, joder!

Levantó las cejas al escuchar la palabrota: la magistrada era siempre muy correcta, jamás la había escuchado jurar en arameo.

—¿Tienes algún problema con los espacios cerrados? —se preocupó por ella.

—¿Tienes tú algún problema en abrirme? —lo retó a cambio, con voz seca.

Soltó una carcajada sin poder evitarlo: así que aquella mujer tenía genio e ingenio, después de todo. Las veces que habían hablado le había parecido muy seria, distante incluso. Le resultaba imposible mantener una conversación personal con ella y saber algo de su vida, ¡y eso que su trabajo consistía en averiguar cosas sin que se notara que interrogaba!

Desde el otro lado de la puerta a Laura le sorprendió el sonido: nunca le había escuchado reír. Así que después de todo el inspector no era tan formalito, se animó. Lo veía siempre tan serio y correcto, con su uniforme y su semblante grave.

—Pues dadas las circunstancias, creo que podríamos aprovechar para tener una pequeña conversación.

Justo de lo que ella había tratado de escaquearse, metiéndose allí.

—Esto es un váter, no un confesorio. Abre la puerta y no me agobies.

—¿Estás segura de que no tienes claustrofobia?

—¡Que abras la puta puerta, te digo! —perdió las formas, nerviosa.

Ya no sabía si era el encierro lo que la estaba poniendo medio histérica o era que él pareciera estar divirtiéndose a su costa. Y no es que fuera orgullosa, el humor era su vía de escape y se mofaba de todo, de ella misma la primera, pero Martín Llagaria la ponía tensa, estaba demasiado bueno. Sus hombros anchísimos, la enorme espalda, los ojos negros, el pelo ondulado del mismo color —no lo llevaba tan corto como otros compañeros suyos— y su voz. Era grave, sexi. Fijo que podría haber trabajado en una línea caliente. La ponía muy tensa y le ponía un poco, dicho fuera de paso.

Ante la exigencia, gritada de malos modos, se puso en acción. Sacó del bolsillo unos ganchos y se arrodilló delante de la puerta.

—Dame un minuto, llevo un juego de ganzúas, voy a ver qué puedo hacer...

—Qué bien preparado vas, ¿no? —se burló ella, volviendo a descalzarse, sentándose otra vez—. Ni MacGyver.

—¿Conoces a MacGyver? —lo escuchó casi interrogarla con diversión—. Te hacía más joven, ¿cuántos años tienes?

—¡Vete a la mierda! Tengo un hermano mayor, eso es todo. —Pasaba de su interrogatorio.

De nuevo Laura lo escuchó reír. Debería sentirse halagada porque la viera tan joven como para no conocer la serie del agente que con un chicle y un petardo te hacía una bomba atómica; y total, tenía solo treinta y tres años.

—Confiesa tu edad o dejaré de hurgar en la cerradura.

Y como para hacerle saber que iba en serio, dejaron de escucharse los ruiditos del gancho removiéndose. La amenaza funcionó.

—La dichosa edad de Cristo.

—Eso explica que seas un martirio.

—¡Oye! —se quejó, más seria esta vez.

—Olvidalo. Nada —se rindió—, que el maldito pomo no salta.

—Sigue intentándolo.

—No tiene caso. Por cierto, ya podrías usar el «por favor» alguna vez —le reprochó al tiempo que seguía probando a ver si podía hacer saltar el pestillo, poco esperanzado.

—Por favor, puerta, ábrete —dijo burlona, evitando pedírsele a él.

—¿Quién te crees que eres, Ali Babá? Deberías probar entonces con «ábrete Sésamo», ¿o no te contaron bien el cuento?

—¡Tú sí que tienes cuento! A ti esto te divierte, ¿no? La idea de llamar a los bomberos y que todo el mundo se entere de que suelo encerrarme aquí.

Qué perra tenían las mujeres con los bomberos, de verdad. Si la gente respetara la mitad al Cuerpo Nacional de Policía otro gallo les cantarían. Pero no, todo para el equipo rojo, nada para el equipo azul.

—Entiendo por tus palabras que el hecho de que hoy estés aquí no es algo excepcional, por

tanto.

—Abre. La. Puerta.

—No. Puedo.

—¡Pues dale una patada y adentro, joder! —acabó por exasperarse.

Martín estaba cachas, debía hacer ejercicio muy a menudo, pesas si tenía que apostar. Podía tumbar la puerta si quería, como en las películas.

—La puerta se abre hacia afuera y la ley Corcuera —que permitía abrir una puerta sin permiso del juez si se sabía que se estaba delinquiendo detrás de esta— fue declarada inconstitucional en 1993, deberías saberlo.

—Si siguiera vigente no habrías venido esta mañana al juzgado a pedirme un imposible, como si yo fuera el genio de la lámpara.

Se maldijo por sacar el tema de su sentencia.

—Hablando de eso...

—¿De mi genio? —se esperanzó.

—Sabes que no.

—¿De mi fallo, entonces? —se resignó.

—Me alegro de que reconozcas que ha sido un fallo garrafal, me has ahorrado medio discurso.

—Déjate de gilipolleces y sigue con la ganzúa... —le espetó.

No quería hablar del juicio, de verdad que no quería. Ni quería estar allí, con él al otro lado de la puerta. Ya puesta a hacer el ridículo, ¿por qué no estaba él dentro encerrado con ella, eh? Al menos hubiera sido más morboso.

—Sabes perfectamente que el tipo al que queremos detener es un cabrón de primera: tráfico de estupefacientes, de personas, de armas... Vamos, que estás dejando escapar una joyita.

—Eso me dice mi madre cada vez que me presenta a alguien. Y en su caso tampoco tiene gracia.

—No, no la tiene —le confirmó él, serio de pronto.

Su voz había perdido cualquier rastro de buen humor y volvía a ser el tipo duro de siempre.

Pero es que el sujeto de la orden estaba siendo investigado por la Policía Judicial desde hacía meses, había un par de causas en instrucción abiertas contra él. Registrar su domicilio y su lugar de trabajo habría ayudado mucho, y no solo en ese caso.

—Llagaria, no puedo obviar que un guardia se saltó ciertas garantías para obtener las evidencias contra él.

—La maldita teoría del árbol envenenado.

Por la cual no se podían tener en cuenta pruebas obtenidas de manera ilegal.

—¡Vaya!, estás muy puesto en derecho.

—Me licencié en el 2006.

«Treinta y seis de edad si fue a curso por año», calculó ella al instante.

—¿Y qué pasó para que prefirieras el Cuerpo Nacional de Policía a los juzgados? ¿Te sentaba

mejor el uniforme que la toga?

—Eso tampoco tiene gracia —le respondió igual de serio.

Clic.

Saltó el cerrojo y se abrió la puerta. Martín se puso de pie y plegó y guardó el juego de varitas de metal en el bolsillo.

—¡Por fin! —exclamó ella, levantándose también, acercándose a la salida con los zapatos en la mano, deseosa de largarse y alejarse de él, también.

—No tan deprisa, señorita. Usted y yo tenemos una conversación pendiente y no hay mejor momento que el presente.

Y la empujó adentro sin violencia entrando él en el baño también, cerrando la puerta a su espalda.

El violinista en el balcón



Pilar cumple treinta años en pleno confinamiento por el coronavirus y se encuentra encerrada en su casa y sola.

Para celebrarlo convoca a sus vecinos mediante un cartel a tomar una copa después de los aplausos de las ocho, a los que todos acuden puntuales para agradecer a los sanitarios su labor.

Después de la copa, desde la acera de enfrente, un vecino al que no conoce le pasa su número de teléfono.

Desde ese momento mantendrán una relación de apoyo y ánimo para sobrellevar la difícil situación que desembocará en otra cosa.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Durante muchos años ejerció de ama de casa y ha escrito durante toda su vida, desde los veinte años, siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez.

Después de un divorcio difícil, su hija la animó a publicar en Internet y las muchas lecturas y comentarios le decidieron lanzarse a la autopublicación y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde se publicaron convirtiéndose en un gran éxito.

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Ana Álvarez

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-50-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El violinista en el balcón

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Ana Álvarez

Créditos